Aproximación a la dialéctica de la religión en la poesía de Vallejo

De las tres concepciones del mundo —la cristiana, la marxista y la individualista— la poesía de César Vallejo se nutre de las dos primeras. El existencialismo, que cierto sector de la crítica ha adscrito a la obra del autor peruano, es sólo una secuela del individualismo, entendido éste como la teoría optimista (liberal) que defiende la armonía natural entre los hombres, y la conciencia y libertad del individuo. Por su parte, la solución cristiana, en su proyección metafísica, ignora lo que existe de una manera particular, concreta, real. Es decir, que prescinde de la concepción del individuo como único ser real existente, producto de las relaciones humanas.

En Vallejo coexisten el pensador cristiano y el marxista. Pero la religión cristiana apunta, en los versos del escritor peruano, a una situación de carencia y necesidad que, arrancando de la existencia personal pasa a lo genéricamente humano. El marxismo, como conocimiento del mundo, extrae sus principios éticos de la realidad. Y esta profundización de la realidad implica la referencia a elementos contradictorios (ser/nada; vida/muerte) en los poemas de Vallejo. Por otro lado, el marxismo, como el cristianismo, pone al hombre en el centro de su preocupación y ambas concepciones dan al hombre un papel histórico.

El presente trabajo constituye una aproximación a la dialéctica de la religión a través de los versos de Vallejo. La concepción del mundo vallejiana supone una progresiva evolución y superación del nivel puramente filosófico e individual hacia una toma de conciencia de la realidad del mundo exterior (sociedad) que culminará con *España, aparta de mi este cáliz.* En todos los poemarios vallejianos los constituyentes poéticos nos remiten continuamente a las relaciones personales e históricas, dos niveles difíciles de separar en el autor peruano. [1]

Desde *Los heraldos negros,* [2] la preocupación vallejiana se centra en el hombre concreto. El hablante lírico se rebela contra la responsabilidad de una culpa, que se le ha impuesto y que coarta su libertad, para tomar conciencia de la realidad externa y total:

[1] *«Menester sería carecer de toda facultad de examen, para afirmar que la obra de arte es una cosa y la vida del autor otra y que no siempre aquélla está ligada a esta última. Sería necesario cargar los más espesos prejuicios de rutina y los más obtusos compases de lógica, para negar la dependencia orgánica y viviente en que siempre, tanto en los grandes como en los pequeños artistas, en los conservadores y en los renovadores, en los auténticos y en los falsos», C. Vallejo,* El Comercio *(6-IV-1929), citado en* Aproximaciones a César Vallejo, *Angel Flores Editor, New York: Las Américas, 1971, I, 100-1.*

[2] *Citamos por* Poesía Completa, *Barcelona, Barral Editores, 1978. Utilizamos las siguientes siglas:* H.N. (Los Heraldos Negros); T. (Trilce); P.H. (Poemas Humanos); S.B. (Sermón de la barbarie); E. (España, aparta de mí este cáliz).

Y el hombre... ¡Pobre... pobre! Vuelve los ojos, como
cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido
se empoza, como charco de culpa, en la mirada. *(H.N.,* 271)

Como toda religión es producto de la insatisfación, el hablante lírico se nos muestra en los versos de Vallejo en dramático diálogo, cuestionando los principios de la existencia: «Hasta cuándo este valle de lágrimas, a donde / yo nunca dije que me trajeran» *(H.N.,* 337). Dios, en los versos de este primer poemario, se presenta como una «necesidad», así como una justificación, o consuelo, del dolor del hombre; dolor en el que participa el propio Dios. La impotencia, o incomprensión divina, no supone una ruptura entre el hablante lírico y Dios y ambos aparecen identificados por un común dolor. La humanización de Dios se convierte en la condición «sine qua non» para llegar a la comprensión del hombre concreto:

Dios mío, si tú hubieras sido hombre,
hoy supieras ser Dios. *(H.N.,* 343)

El sentido trágico de los versos de *Los heraldos negros* no proviene, como en Unamuno, del hambre de inmortalidad, sino del dolor de la inmediatez, del dolor orgánico, físico, que lleva a los mortales, no a un ansia de vida transcendente, sino al deseo de darle un sentido a una muerte [3] que forma parte de la vida:

Mas ¿no puedes, Señor, contra la muerte
contra el límite, contra lo que acaba? *(H.N.,* 332)

Dialécticamente, el hablante lírico cuestiona a Dios sólo después de haberlo despojado de su divinidad, es decir, humanizándolo, dotándole de realidad dialéctica. Y es la percepción el medio que establece la relación con un Dios enajenado y enajenante:

Siento a Dios que camina
tan en mí, con la tarde y con el mar.
Con él nos vamos juntos. Anochece.
Con él anochecemos. Orfandad... *(H.N.,* 348)

La increpación divina en *Los heraldos negros* (1916-1919) se interioriza en un movimiento de rebeldía e irritación que corresponde al poemario *Trilce* (1922). En los versos de este libro, lo transcendente va dando paso a un ser que espera en un Cristo que ocasionalmente se muestra receptivo. Dios, sin embargo, aparece impotente para aliviar el sufrimiento humano:

Cristiano espero, espero siempre
de hinojos en la piedra circular que está
en las cien esquinas de esta suerte
tan vaga a donde asomo
Y Dios sobresaltado nos oprime
el pulso, grave, mudo,

[3] *«Vallejo no comprende la muerte. Los muertos para él, nunca acaban de ser muertos; no contestan, no están, pero no cabe concebir ni pensar siquiera ese otro modo de ser, esa cosa extraña que es la muerte», J.M. Valverde,* Estudios sobre la palabra poética, *Madrid: Rialp, 1952, p. 40.*

y como padre a su pequeña,
apenas,
pero apenas, entreabre los sangrientos algodones
y entre sus dedos toma la esperanza.
Señor, lo quiero yo...
¡Y basta! *(T.*, 453)

La esperanza en el poema XIX aparece dotada de una cotidianeidad («A trastear, Hélpide dulce, escampas») desde la que se cuestionan las falsas promesas que han dejado al ser humano intransitivamente vacío («Como quedamos de tan quedarnos»). Ser enfrentado a la existencia sin apriorismos metafísicos: «¡Quemaremos la última esencia!». La inoperancia de los símbolos cristianos («El establo está divinamente meado / y excrementado por la vaca inocente») llega hasta la misma negación de Cristo («gallo inocente») y desemboca en una nota de incertidumbre que deja abierta la posibilidad a la esperanza:

ya no hay dónde bajar,
ya no hay dónde subir.
Se ha puesto el gallo incierto, hombre. *(T.*, 438)

Poemas humanos (oct. 1931 - nov. 1937) es, de alguna forma, el resultado de los primeros contactos de Vallejo con el materialismo histórico; contactos que se inician hacia 1926 con Mariátegui y la revista *Amauta.* Otros datos que inciden en la concepción del mundo de *Poemas humanos* son la crisis moral de Vallejo en 1927, su adhesión al marxismo en 1928, sus viajes a Rusia (1929 y 1931), la crisis del capitalismo (1929) y sus secuelas (fascismo) y la afiliación del poeta al PCE en 1931. Estos hechos van marcando la radicalización ideológica de Vallejo. Su comunismo se inscribe dentro de un proceso de humanización como medio de superar la alienación generada por las fuerzas sociales. Vallejo busca la reconciliación del hombre consigo mismo y sus condiciones de existencia sociales. La causa de la enajenación humana no radica en la separación del hombre y Dios (dogma del pecado y la caída), sino en la oposición entre los hombres. *Poemas humanos* supone un enriquecimiento del hombre. La alienación religiosa que, en los dos poemarios precedentes, resultaba en un empobrecimiento de las cualidades del hombre respecto a Dios, supone en este poemario una reducción a la enajenación estrictamente humana. Vallejo hace de la relación social del «hombre al hombre» el principio de su poética en *Poemas humanos.*

Dios aparece sólo en momentos de rebeldía o desesperanza, situaciones extremas que no pueden ser aplicadas a todos sus poemas. [4] Las contradicciones subjetivas del hom-

[4] *«La angustia consecutiva al trasplante a Europa y al caos físico-anímico de mitad de 1924 destierran a Dios de sus poemas, si bien lo guardan como última instancia o último estigma ultraterreno. El establecer lo segundo no nos autoriza a desatender lo primero y, juntamente, la avasalladora irrupción de la muerte en los versos», André Coyne,* César Vallejo, *Buenos Aires: Nueva Visión, 1968, pp. 266-267. Un sector de la crítica se ha basado en algunas cartas circunstanciales de Vallejo para atribuirle una falsa religiosidad. En dos de estas misivas leemos: «Hay gente dura de corazón, y uno puede morirse de miseria. Bueno pero qué se va a hacer. Vuelvo a creer en Nuestro Señor Jesucristo. Vuelvo a ser religioso, pero tomando la religión como el supremo consuelo de esta vida. Sí. Sí, debe haber otro mundo de refugio para los que mucho sufren en la tierra. De otra manera, no se concibe la existencia, Pablo»* César Vallejo: Cartas a Pablo Abril, *Buenos Aires: Rodolfo Alonso Editor, 1971, pp. 44-45. Esta carta está fechada en París, 5-XI-1924. Y el 18-VI-1928 escribe a su hermano Víctor: «Le ruego mandar decir una misa al Apóstol en mi nombre. Una vez sea dicha, le suplico me lo indique, diciéndome el día y la hora en que ella se ha realizado. Le he pedido al Apóstol me saque bien de un asunto». Citada en* Aproximaciones, *I,* op. cit., *p. 103.*

bre tienen, en *Poemas humanos,* un fundamento real, objetivo. El marxismo vallejiano se inscribe ideológicamente en un cristianismo interesado en superar y transformar las condiciones sociales que provocan la reificación y el vacío:

> me hago doler yo mismo, extraigo tristemente,
> por la noche, mis uñas;
> luego no tengo nada y hablo solo,
> reviso mis semestres
> y para henchir mi vértebra, me toco. *(P.H.,* 621)

Vallejo rescata el aspecto positivo de la religión: la protesta contra la miseria real, o lucha contra la injusticia y la enajenación. El cristianismo del poeta peruano se halla en la tradición de Feuerbach ya que surge de la necesidad impuesta por la condición humana, y no como promesa de salvación individual en el reino del otro mundo. En los versos de *Poemas humanos,* prevalece no la retórica política, sino la visión moralista, la fe en la humanidad y en el futuro, más que en la técnica de transformación del mundo. [5]

El movimiento dialéctico en *Poemas humanos* corresponde a un pensamiento y discurso humano que opera por inversiones de sentimientos, unión de objetos contrarios y potenciación de la capacidad de interacción entre éstos. [6] La dialecticidad se basa en la existencia de la realidad, independiente de la conciencia que tengo de ella, y que determina esa conciencia. De aquí la importancia de la valoración de la materia, el objeto, que actúa sobre nuestros órganos y sensaciones. Como se evidencia en el poema «Confianza en el anteojo, no en el ojo» *(P.H.,* 627), poema donde lo concreto e inmediato («anteojo», «peldaño», «ala», «vaso», «cadáver») va introduciendo el cambio espacio-temporal, así como el hecho de que el mundo no puede ser conocido como finalidad. Confianza en el continente, y no en el contenido («En el cauce, jamás en la corriente») y en la parte, más que en el todo («en la ventana, no en la puerta»), pero, en última instancia, todo dependiendo de su instancia genérica en torno a la reconciliación del ser consigo mismo y no con una fuerza exterior y arbitraria: «y en ti sólo, en ti sólo, en ti sólo». La religión, en estos versos, se asocia con algo abstracto, exterior al mundo real, alienado, como proyección del ser del hombre a un mundo del más allá.

La conciencia dialéctica se define no por simple oposición, sino por la interacción sujeto-objeto. En el poema «Yuntas», las parejas de contrarios vida/muerte, todo/nada, se atraen en síntesis enriquecedora, atracción que se verifica dialécticamente en tanto en cuanto existe una negación racional, ya que la vida niega a la muerte y viceversa:

[5] *«Debemos unirnos todos los que sufrimos de la actual estafa capitalista, para echar abajo este estado de cosas. Voy sintiéndome revolucionario por* experiencia vivida, *más que por* ideas *aprendidas», carta del 27-XII-1928, en* César Vallejo: Cartas a Pablo Abril, op. cit., *p. 48.*

[6] *«No hay que atribuir a las cosas un valor beligerante de mitad, sino que cada cosa contiene posiblemente virtualidad para jugar todos los roles, todos los contrarios, pudiendo suceder, en consecuencia, que el color negro simbolice, a veces, según los hemisferios, las épocas, el dolor o el placer, la muerte o la epifanía. Cada cosa contiene en potencia a todas las energías y direcciones del universo. No sólo el hombre es un microcosmos. Cada cosa, cada fenómeno de la naturaleza es también un microcosmos en marcha», C. Vallejo, «Ultimos descubrimientos científicos» en* Literatura y Arte, *Buenos Aires: Ediciones del Mediodía, 1960, p. 28.*

Completamente. Además, ¡vida!
Completamente. Además, ¡muerte!
Completamente. Además, ¡todo!
Completamente. Además, ¡nada! *(P.H., 666)*

El adverbio modal «completamente» nos remite a la integridad de lo positivo y negativo, y el adverbio «además» funciona, por su parte, como expresión aditiva en la que se integra el valor copulativo con el adicional.[7] En virtud de las oposiciones dialécticas las cosas aparecen positiva («vida») y negativamente («muerte») a la vez, y la no exclusión de contrarios viene marcada por el adverbio «además». Esta interrelación cualitativa finaliza con el adverbio «completamente», remitiéndonos a la unión conflictiva de contrarios, síntesis que surge de la confrontación y destrucción de ambos principios («vida»/«muerte»). La progresión dialéctica se concreta, pues, en el último «Completamente», negación cualitativa que despoja a cada uno de los elementos confrontados de su parcialidad y limitación. Así pues, los contrarios se van integrando dinámicamente dentro de una relación de mutua dependencia e influencia: vida/muerte; todo/nada; mundo/polvo; Dios/nadie; nunca/siempre; oro/humo y lágrimas/risas.

En *Poemas humanos* prevalece la consideración ético-social sobre la religiosa, y el hablante lírico aparece combatiendo la alienación genérica del hombre, partiendo de su propia experiencia. Su compromiso con la condición humana se evidencia, por ejemplo, en los dísticos irónicos que, en forma de aforismos, organizan el poema «Un hombre pasa con un pan al hombro». Las preguntas retóricas que se va, y nos va, formulando, nos remiten a una serie de situaciones que apuntan a la falsa objetividad del mundo reificado y a unas situaciones empíricas que exigen la reconciliación del hombre consigo mismo y con esa comunidad de la que forma parte:

Otro busca en el fango huesos, cáscaras
¿Cómo escribir, después, del infinito?
. . .
Alguien pasa contando con sus dedos
¿Cómo hablar del no-yo sin dar un grito? *(P.H., 656-657)*

En la antropología de Vallejo, como en la de Marx, el hombre se realiza plenamente sólo en los otros hombres («¡Ah querer, éste, el mío, éste, el mundial, / interhumano y parroquial, provecto!» *P.H., 658*). Esta interrelación desalienante lleva aparejada, a veces, una ética contradictoria: «ayudarle a matar al matador —cosa terrible— / y quisiera yo ser bueno conmigo / en todo» (659).

El proceso dialéctico de la realidad adopta en el poema «Traspié entre dos estrellas» la conciencia del dolor de un hablante lírico que se proyecta solidariamente a distintas formas de desposesión en una serie de oposiciones dialécticas que niegan el aspecto deshumanizante de la existencia:

Vanse de su piel, rascándose el sarcófago en que nacen
y suben por su muerte de hora en hora
y caen, a lo largo de su alfabeto gélido, hasta el suelo.
¡Ay de tanto! ¡ay de tan poco! ¡ay de ellas! *(P.H., 633)*

[7] *«Sin embargo, esta plenitud o reacción entera va a recibir en "Además", esto es, va a ser* completada *con otro elemento: "vida", "muerte", "todo", "nada", etc., y uno y otro integrantes de la pareja así establecida resultan ligados, amarrados por "además", que sería el lazo o yugo que los vincula», Alberto Escobar,* Cómo leer a Vallejo, *Perú: P. L. V. Editor, 1973, pp. 214-215.*

Dentro de este movimiento progresivo, el hablante lírico va asumiendo la angustia de la colectividad, combinando dialécticamente el principio subjetivo (marcado por la repetición del «mi») y la realidad externa («mancomunada»). La unión de los contrarios en el plano subjetivo («mugre blanca») se proyecta positivamente a la realidad total: «¡Ay de mi mugre blanca, en su hez mancomunada!» *(P.H.,* 633).

Nuevamente la oposición dialéctica se define no por simple oposición, ya que identidad y negatividad no se excluyen, sino complementariamente. La situación de penuria, en los siguientes versos, tiene un carácter positivo, en tanto en cuanto potencia y dinamiza una serie de fuerzas que pueden transformar las condiciones negativas:

> ¡Amado sea
> el que tiene hambre o sed, pero no tiene
> hambre con qué saciar toda su sed,
> ni sed con qué saciar todas sus hambres! *(P.H.,* 634)

Dentro de la conciencia dialéctica de Vallejo habría que considerar el poema «Voy a hablar de la esperanza». En estos versos la materia se eleva a categoría filosófica y esta materia, o realidad objetiva, aparece en el hombre en forma de sensaciones. Sensaciones que se objetivan en un dolor absurdo, sin causa, que el hablante lírico (identificado en este caso con el autor real) asume, transformando este dolor en conciencia total: «Hoy sufro desde más abajo. Hoy sufro solamente... Hoy sufro desde más arriba. Hoy sufro solamente» *(P.H.,* 553). La conciencia del dolor concreto, personalizado, transciende el propio «yo», no para enajenarse, sino para identificarse en el dolor total de todos los seres. El hablante lírico trata, inútil y culpablemente, de encontrar la interacción causa-efecto de este dolor que finalmente llega a identificar como algo congénito a la naturaleza humana: «he aquí que mi dolor de hoy no es padre ni es hijo» *(P.H.,* 554). En Vallejo el dolor físico tiene una causa material, social, y no se asume como sufrimiento heredado por el pecado original dentro de la doctrina escatológica del cristianismo.[8] El hablante lírico se lamenta de su incapacidad para transformar el dolor, dándole un sentido y, por esto, la única opción es condenarlo, negarlo: «Le falta espalda para anochecer, tanto como le sobra pecho para amanecer y si lo pusiesen en una estancia oscura, no daría luz y si lo pusiesen en una estancia luminosa, no echaría sombra» *(P.H.,* 554).

La enajenación divina del dolor del hombre es el motivo del poema «Acaba de pasar el que vendrá», título que alude al frustrado encuentro con Cristo, ese desterrado («proscrito») que ignora la triple realidad (racional, espiritual y material) del hombre:

> Acaba de pasar el que vendrá
> proscrito, a sentarse en mi triple desarrollo;
> acaba de pasar criminalmente *(P.H.,* 667)

Las incumplidas promesas de redención de Cristo se traducen en el desengaño que sufren tanto el propio Cristo, como el hombre, desengaño contenido en la contradicción que encierra el último verso:

[8] *Sobre la actitud a-cristiana de Vallejo en* Poemas humanos *y* España, aparta de mí este cáliz, *véase el artículo de N. Salomon, «Algunos aspectos de lo "humano" en* Poemas humanos», Aproximaciones a Vallejo, *II,* op. cit., *pp. 191-230.*

Acaba de ponerme (no hay primera)
su segunda aflixión en plenos lomos
y su tercer sudor en plena lágrima.
Acaba de pasar sin haber venido *(P.H.*, 667)

Los dramáticos sucesos de la Guerra Civil española confieren un tono apocalíptico a los versos de «Sermón de la barbarie» *(Poemas Póstumos* en la edición que manejamos) y *España, aparta de mí este cáliz*. Junto a la concepción marxista del mundo, aparecen en estos versos reflexiones signadas por un cristianismo inoperante: «y es muy grave sufrir, puede uno orar...» (S.B., 654). El dolor del ser humano no se justifica ya por el sacrificio de Cristo:

Y también de resultas
del sufrimiento, estoy triste
hasta la cabeza, y más triste hasta el tobillo,
de ver al pan, crucificado, al nabo,
ensangrentado,
llorando, a la cebolla,
al cereal, en general, harina,
a la sal, hecha polvo, al agua, huyendo,
al vino, un ecce-homo,
tan pálida a la nieve, al sol tan ardio! (S.B., 654)

Y la promesa de Cristo se sustituye por el advenimiento mesiánico del hombre plural, colectivo, y por la acción de éste en la Historia: «¡Ah! desgraciadamente, hombres humanos, / hay hermanos, muchísimo que hacer» (S.B., 655). Siendo social la naturaleza genérica del hombre, éste no puede realizarse fuera de la comunidad humana. Y, por esto, la nueva conciencia se forja ahora desde la solidaridad humana:

Entonces, todos los hombres de la tierra
le rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado;
incorporóse lentamente,
abrazó al primer hombre, echóse a andar... *(E.*, 748)

El marxismo, como el cristianismo, invoca la esperanza de los desposeídos, pero según una ética del hombre y para el hombre en el reino de este mundo. El conformismo cristiano se ha transformado en los último poemas de Vallejo, en lucha por la fraternidad, por la libertad. La esperanza la encarna, ahora, el miliciano, ese nuevo Cristo cuya acción es la única forma de dar dignidad a la colectividad humana, según se desprende de esta especie de plegaria:

¡Se amarán todos los hombres
y comerán tomados de las puntas de vuestros pañuelos tristes
y beberán en nombre
de vuestras gargantas infaustas!
. . .
y trabajarán todos los hombres,
engendrarán todos los hombres,
comprenderán todos los hombres!
¡Obrero, salvador, redentor nuestro,
perdónanos, hermano, nuestras deudas! *(E.*, 724)